

APOLOGÍA
Richard L. Smith PhD
1993

Apología. Apologética. La palabra y sus derivados aparecen diecinueve veces en el Nuevo Testamento. Literalmente significa, “sacarse de encima una acusación” o “defenderse a sí mismo”. Prácticamente en cada una de las instancias en donde aparece este término en el Nuevo Testamento, es en referencia a la respuesta de un cristiano a una acción legal, persecución o averiguación. Por esta razón la palabra es variadamente expresada como respuesta, defensa, excusa o explicación. Fue en este sentido ajustado y técnico que los Padres de la iglesia naciente escribieron muchas “apologías” para el cristianismo contra la difamación de los incrédulos, la persecución y la opresión legal.

Sin embargo, el concepto y la práctica de la apologética lentamente evolucionaron hacia una aplicación más amplia. En el cuarto siglo, por ejemplo, Agustín defendió al cristianismo contra las acusaciones paganas concernientes al final de Roma. En el siglo once, Anselmo intentó explicar la irracionalidad de la incredulidad y además el propósito de Dios en la encarnación. En los siglos siguientes, grandes intelectuales como Tomás de Aquino, Butler, Locke, Hodge, Orr y C. S. Lewis, todos buscaron parar, de varias formas, la marea de escepticismo e ilustrar la racionabilidad del cristianismo. Todavía hoy en día enfrentamos desafíos intelectuales que son muy graves. ¿Cuáles son estas “acusaciones” que confrontan al cristianismo contemporáneo?

Primero, para muchos el cristianismo es irrelevante. No es pertinente para la vida diaria. No es “políticamente correcto”. No es intelectualmente sostenible. Es, en pocas palabras, percibido como inherentemente irrazonable, divisorio, oscurantista y tóxico. En este tiempo y en esta era, de todos modos, ¿quién necesita a Dios? Ben Meyer escribió recientemente: “La herencia de la doctrina cristiana afirma como indispensable lo que la herencia de la cultura moderna excluye como imposible”.¹ “El dilema cristiano moderno es la incompatibilidad entre la honestidad intelectual y la doctrina cristiana tradicional”.² O, como J. Gresham Machen proclamó a inicios de este siglo: “Las falsas ideas son los mayores obstáculos en la recepción del evangelio”.³ Ciertamente, “las falsas ideas” son un gran impedimento en el evangelismo. Como resultado, en nuestro materialista mundo secular, el cristianismo ya no se impone. Simplemente, no tiene más sentido”.

Talvez esto explique, incidentalmente, por qué la mayoría de los convertidos en occidente son jóvenes y por qué abdicán de su fe al ingresar en la universidad. Y

talvez asimismo explique por qué los cristianos, particularmente los evangélicos, tienen tan poca influencia en el mundo académico y otros sitios de poder. Por lo tanto, es irónico, que algunos en la económicamente desvastada ex zona comunista apelen a *nosotros*, diciendo: “...el mayor problema *no* es que no tenemos suficientes salchichas. Mucho peor, no tenemos suficientes *ideas*. No sabemos qué pensar. Nos movieron el piso” (las cursivas son mías). Es desafortunado que en estos tiempos económicamente prósperos en Estados Unidos, de hecho el “problema más grande”, aún siga siendo para *nosotros* la escasez de “salchichas” (cosas que anhelamos tener) y no las *ideas*. Como cristianos el piso intelectual también nos ha sido “removido de debajo nuestro”, pero muchos no parecen darse cuenta o importarles.

Segundo, el cristianismo es visto por muchos meramente como una variante de religión genérica. Por varias razones, hoy en general, la religión es bastante amorfa y pluralista. Los devotos se aproximan al reino de lo sagrado como un tipo de experiencia de autoservicio. En tal medio sincretista, las creencias son mezcladas y combinadas de acuerdo a la moda y a las necesidades psíquicas. La tolerancia y el relativismo son supuestos credos. El cristianismo no es más visto como justificadamente único o exclusivo. Los cínicos acusan: el cristianismo es meramente otra, particularmente nociva, hierba en “el jardín de dios”.

¿Cuál es, entonces, la razón para esta lamentable percepción de nuestra fe? ¿Por qué el cristianismo es percibido como irrelevante? Una explicación es que, tristemente, el cristianismo evangélico *por sí mismo*, como un refractario e imperfecto espejo cultural, sufre de un viril subjetivismo, un dócil anti-intelectualismo y una tendencia sincretista, que a menudo genera que se muestre como irrelevante e improbable. Vemos tal insatisfacción evidente en la iglesia que es infectada en la doctrina de Dios, la cristología y la guía espiritual por las ideas de la Nueva Era. Lo vemos en las desviaciones de una doctrina bíblica humana. Por ejemplo, existe un sobre énfasis en la auto-imagen, en la victimización y una consejería psicológica no bíblica. Lo vemos también en la aquiescencia no crítica del consumismo y la pasiva, indiscriminada aceptación de mucho de lo que los medios entregan. Lo observamos en la calidad de la predicación. Hay muy poca erudición y demasiado énfasis en la aplicación, en la moda de hablar acerca de “percibir las necesidades” de la gente en lugar de las siempre presentes “necesidades no percibidas” de más instrucción y conocimiento. En otras palabras, la predicación actual, por lo general ignora el “indicativo” de la Escritura enfatizando el “imperativo”, con el resultado de que los sermones habitualmente no desafían nuestras mentes o nuestras atesoradas suposiciones culturales. Lo vemos también en el crecimiento del movimiento de los grupos de células para “sentirse bien” que, lamentablemente, “hace muy poco para

incrementar el conocimiento bíblico de sus miembros... [y donde] Muchos grupos alientan a pensar la fe como algo subjetivo y pragmático".⁴ Finalmente, presenciamos en particular un anti-intelectualismo que se manifiesta en el entrenamiento evangelístico. El énfasis actual es el de: evangelismo de uno a uno, acerca del estilo de vida. ¿Pero dónde está el contenido? ¿Cómo vamos a responder a las objeciones que encontraremos? En síntesis, ¿dónde está nuestra apologética? (1 Pe. 3:15; Fil. 1:7).

¿Podría ser, entonces, que nos hemos olvidado de cómo amar a Dios con nuestras mentes? Tenemos una religión del corazón, ¿pero hemos dejado de pensar? De hecho, pareciera que tenemos *miedo* de pensar, o de ser "intelectuales". ¿Acaso nos hemos olvidado que desde el advenimiento del Nuevo Testamento nuestra "guerra santa" se combate con oración y argumentación? ¿Nos hemos olvidado que Pablo *debatío* con sus opositores con el fin de refutarlos y convertirlos? ¿Nos hemos olvidado que muchos de nuestros grandes hombres de la iglesia a través de la historia del cristianismo poseyeron vasta cultura? ¿No es coincidencia que la Reforma y muchos de los avivamientos fueron el resultado del impacto de nuevas ideas (transmitidas bíblicamente) en la intelectualidad?

Finalmente, ¿cómo puede ser remediada esta triste situación? ¿Cómo podemos superar las muchas "falsas ideas" que actualmente obstaculizan nuestro evangelismo, plagan nuestras iglesias y atrofian nuestra apologética? ¿Cómo podemos dejar de lado el anti-intelectualismo? ¿Cómo podemos recuperar el alto nivel cognitivo? Una manera sería promoviendo la educación cristiana a fin de desinfectar de falsas ideas a la iglesia y reconfirmar nuestra credibilidad intelectual. Porque si nuestras armas son verdaderamente la oración y la argumentación, entonces nuestros campos de batalla *no son solamente* la "reunión de oración" sino también el evangelismo, la apologética y la educación. Debemos, por lo tanto, dedicarnos de nuevo a erradicar "la incompatibilidad entre la honestidad intelectual y la doctrina tradicional cristiana" y "llover cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo" (2 Cor. 10:5). Por esta razón, aún más, debemos invertir *mucho más* dinero en nuestros futuros líderes, sus ideas y las instituciones educativas cristianas. Los colegios primarios y secundarios cristianos languidecen por escasez de recursos. Las universidades cristianas y los seminarios están desfinanciados. En tanto los estudios avanzados, en los niveles doctorales, tienen muy poca subvención, especialmente para los estudios apologéticos. No debería ser así. Deberíamos estar buscando los próximos Jonathan Edwards, Francis Schaeffer, C. S. Lewis y Cornelius Van Til.

Otra manera de remediar la situación es recapturar la apologética y el impulso ecléctico de la *Missio Dei* (Misión de Dios). Debemos reconocer que nuestra

apologética está asociada y revitalizada por la condenación de Dios, o apologética, contra la humanidad (Ro. 1:18). Según Romanos 1:20, la humanidad “no tiene apologética” (*anapologetos*, sin defensa). La humanidad, de hecho, “no tiene excusa” por su impiedad, dada la revelación de Dios en la naturaleza y el hombre (Ro. 1:19-20). Por esta razón, entonces, deberíamos ver nuestra apologética tal como lo hizo Pablo, no meramente como la *defensa* de la fe, sino como parte y parcela de la polémica de Dios, u *ofensiva*, contra todas las formas de idolatría (Ro. 1:25; 1 Tes. 1:9-10).

Una tercera manera es redescubrir la naturaleza *transcendental* o presupositorial de la apologética bíblica como se ejemplifica en la obra de Cornelius Van Til, protegido de Machen y antiguo profesor de apologética en el Seminario Teológico Westminster en Filadelfia. Van Til trató de reconstruir y reformar la apologética y la epistemología a la luz de las nociones bíblicas que distinguen creador-criatura, gracia universal y los efectos perceptibles del pecado. Simplificando, Van Til se preguntó y contestó estas tres preguntas: ¿Qué clase de razonamiento se ajusta a una criatura? ¿Qué clase de razonamiento es típico de un pecador? Y, ¿qué clase de método es apropiado en la apologética?

Obviamente, en conclusión, este ensayo es en sí mismo una apología. Es una apologética de la apologética. Actualmente necesitamos la apologética más que nunca para promover el evangelismo y defender al cristianismo contra las “acusaciones” y la “difamación” (incluso la opresión), inherentes en el relativismo pluralista de la modernidad y la posmodernidad. Pero, con el fin de seguir adelante, debemos ante todo modificar nuestro modo de pensar, nuestro modo de hablar, y, no menos que los anteriores, nuestro modo de dar. Debemos llegar a ser como los Hijos de Isacar (1 Cr. 12:32), quienes en su momento discernieron lo que Dios estaba haciendo y se ofrecieron a sí mismos y sus recursos para ese momento oportuno.

¹ *The Aims of Jesus* [Los Propósitos de Jesús] (London: SCM Press, 1979), p. 15.

² Op. Cit.

³ “Christianity and Culture”, (an address at the opening of the one hundred and first session of Princeton Theological Seminary, 9/20/1912), 5. [“Cristianismo y Cultura” (Una disertación en la apertura de la 101^º sesión del Seminario Teológico de Princeton, 20-9-1912), 5]

⁴ Robert Wuthnow, *Christianity Today* [Cristianismo Hoy], 38. (No. 2, 2/7/1994), 23.